

SUSCRIPCIÓN

Por un trimestre en Salamanca. 3'50 pesetas
Por un año. 14 id.
Id. fuera. 16 id.
Id. en el extranjero. 25 id.
Número suelto. 00'06 id.
Id. atrasado. 00'10 id.

PAGO ADELANTADO

EL LABARO

DIARIO INDEPENDIENTE

ANUNCIOS

Precios convencionales

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Rua, 57, 2.º—Teléfono 154

DOS EDICIONES DIARIAS

EL SEÑOR DON GASPAR SAMANIEGO Y OSSORIO
Teniente Coronel de Artillería retirado, Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, y de otras varias de 1.ª y 2.ª clase del mérito Militar, por servicios de guerra
ha fallecido el día 8 de Octubre de 1899
después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición apostólica
R. I. P.
El Comandante militar de esta capital, Jefe; su aflijida viuda D.ª María de los Dolores Fernández Bustamante; sus hijos, hermanos, hermanos políticos, sobrinos y demás parientes,
Suplican a sus amigos se sirvan encomendar su alma a Dios.
Todas las misas que se celebren en la iglesia de la Clereca y parroquia del Carmen, se aplicarán por el alma de dicho señor. Los señores sacerdotes celebrantes recibirán la limosna de dos pesetas cincuenta céntimos y las gracias.

J. LEON ARIAS
Cirujano-Dentista
Se encuentra al frente de su gabinete dental, donde continúa prestando sus servicios profesionales á cuantos de él confíen.
DR. RIESCO, I.º, (antes TORO)
MADRID
Octubre 5.
Una noticia, al parecer insignificante, la conferencia que ayer tarde celebraron varios ministros con el Sr. Silvela, antes de reunirse el Consejo en la Presidencia, ha sido objeto de muchas conversaciones y tema de los artículos de fondo de importantes periódicos.
El antagonismo evidente que existe entre el Alcalde de Barcelona, Dr. Robert, y las demás autoridades de Barcelona, la situación especialísima y poco grata en que se ha colocado el leader de los regionalistas

MI CONVERSION
Un semanario, que no he de nombrar, por no contribuir directa ni indirectamente á su propaganda, publicó hace días una crónica hiriente en mi decoro y pretendiendo darme mi fama de hombre de bien, sufriendo en unos puntos el cronista, y aun afirmando en otros, que mi conversión al catolicismo era debida á una venta que yo había hecho de mi conciencia al jesuita Padre Sanz (al cual no tengo el honor de conocer), y diciendo además contra mí un mundo de inconveniencias y boberías.
¡Gracias debo dar á Dios porque me permite recibir la prueba de los ultrajes! pues si tiempo hace que soy católico, esperaba—para confesario públicamente,—esperaba, digo, llegase un momento en que hubiera algún peligro al hacer dicha manifestación. No bien supe que eran atronados los católicos por su amor al Sagrado Corazón de Jesús. ¡Publiqué mi declaración primera, donde me fué posible y fácil hacerlo.
¿Por qué era para mí necesario reanudar una pública confesión? ¿Por qué yo me considero personaje ilustre, hombre de portentoso talento, un for-

res y protestantes contra la Iglesia.
Al lado de este tema pocos asuntos dá el día de hoy. Desiertos los círculos ministeriales, apenas ha podido recogerse en alguno de ellos tal ó cual noticia de escaso interés.
Que almorzaron en Miramar los comandantes de los cañoneros Temerario y Magallanes, que salió de San Sebastián para Madrid el embajador de Alemania, Sr. Radowits, que dentro de cuatro ó cinco días regresará la Corte á Madrid... et voila tout.
Del extranjero, que por intervención del presidente del Consejo de Ministros de la vecina república, se fió Wladete Rousseau, cesó la huelga de Creusot—uno de los mayores conflictos de esa índole que registra la Historia contemporánea—y que concluidas las diferencias entre patronos y obreros; mañana volverán éstos al trabajo.
De la guerra entre Inglaterra y el Transvaal, nada nuevo. Siguen las impresiones encontradas; rumores de que se rompieron las hostilidades, esperanzas de paz, aprestos para la lucha. ¿Quién tiene razón?
En la academia de Bellas Artes de San Fernando se ha celebrado esta tarde la solemne recepción del eminente Arquitecto Arturo Mérida, el conocido autor del monumento al marqués del Duero que se levantó en la Basílica de Atocha; de la estatua á Colón, emplazada en el centro de la plaza del mismo nombre y del sepulcro del inmortal navegante genovés, hecho para la Catedral de la Habana, que acaba de instalarse en Sevilla.
Reemplaza el Sr. Mérida en la Academia de San Fernando al eximio marqués de Cubas y de Fontal y ha leído el discurso reglamentario acerca del tema «Causas de la decadencia de la Arquitectura y medios para su regeneración.»
Trabajo meditado y correcto, al que ha contestado, en nombre de la Academia, D. Adolfo Fernández Casanova, siendo todos muy felicitados y aplaudidos.
MENCHETA.

UNA CARTA
DEL
ARZOBISPO DE SEVILLA
Evangélica conducta
Un periódico impío, que no hemos de nombrar y que parece pagado por alguien para insultar al Arzobispo de Sevilla, ha dado motivo con sus repetidas injurias á que el venerable Prelado, revistiéndose de humildad y mansedumbre, conteste en la siguiente Carta Pastoral.
Dice así:
«A nuestros amados diócesanos.

católica, y facilitar así la propagación del protestantismo, condenado en España al más absoluto aislamiento y al más laborioso cuanto infructuoso trabajo.
¡Que yo ayudase á M. J., no significa que yo haya sido pastor protestante, ni obispo, ni que en Segovia haya habido jamás capilla protestante.
En sitios bien públicos hice manifestaciones, no muy concretas, pero al fin expresas de protestantismo liberal, por ejemplo, en el Congreso literario que se verificó en Madrid con ocasión del centenario de Colón. Después progresando en los estudios religiosos á que me había entregado merced al influjo de Mr. J., llegué, gracias á la inmensa misericordia de Dios, á lograr convicciones católicas... Tenía deber de confesar mi fe, á fin de reparar en lo que me fuera posible el escándalo que antes había dado con mis impías necesidades. Cuando vi que el estúpido cosmopolitismo, aquí tan predicado, nos conducía á la más enervadora debilidad, el alienismo literario y científico á la pedantería, el racionalismo á la inmoralidad... En fin, cuando cayó la venda de mis ojos y vi la horrenda llaga de Cavite... me dije: ¡Qué error tan espantoso el de todos y el mío! Y deseando desde el fondo de mi cora-

Acabee en estos momentos un hecho, que muy á nuestro pesar nos obliga á tomar la pluma para decir dos palabras á nuestros amados diócesanos. Se trata de nuestra honra, asunto que á nadie más que á Nos interesaría si fuésemos hombre privado; pero tenemos investidura pública, somos padre de numerosos hijos, que hijos nuestros son todos los fieles de la dilatada diócesis de Sevilla; la honra de los padres no pertenece á éstos solo, es de los hijos. Por eso nos creemos precisados á hablar, explicando nuestra actitud enfrente del inefable hecho á que nos referimos.
Es el caso, que há ya tiempo un periódico de Madrid, que se distingue por sus avanzadas ideas y sus descomedimientos, nos ha declarado guerra á muerte, no habiéndolo insultado ni dicitario que nos arroje al rostro.
La saña con que nos combate ha crecido de algunos meses á la fecha, hasta el punto de que hoy puede afirmarse que constituimos su pesadilla. Apenas si publica un número ese diario, en que no siquiere á relucir nuestro nombre, no ya meramente para atacar nuestros actos públicos ó para ponernos en ridículo, sino á fin de llenarnos de asquerosa inundación.
No sentimos ira contra los redactores de tal periódico; quizá más bien, si no tuviéramos un conocimiento tan íntimo, como por la misericordia de Dios tenemos, de nuestra nada, nos asaltaría la tentación de la vanidad, porque es canon en el arte de la guerra no empeñar recias batallas para ganar ventajas insignificantes, sino reservar las fuerzas á fin de enderezarlas contra posiciones, fortalezas ó alturas formidables.
Creeríamos por ende al vernos objeto de tantas y tan furiosas embestidas, que éramos una potencia, un baluarte de tal valía, que para derribarlo no se temía gastar pólvora y proyectiles en abundancia, si no estuviéramos convencidos hasta la evidencia de que no hay en Nos cosa alguna de que nos sea lícito gloriarnos, ya que no pasamos en todos sentidos y bajo todos aspectos los límites de una medianía tolerable ó algo menos.
Pero ciertamente no somos reo de los pecados que se nos atribuyen; delante de Dios hemos de bajar la cabeza, porque, como enseña la Santa Escritura, ningún viviente será justificado en su presencia; mas delante de los hombres, y en cierto sentido también delante del mismo Juez soberano de vivos y muertos, podemos erguir la frente, dado que si muchas veces hemos cometido y cometemos yerros, jamás nuestra intención ha dejado de ser recta; nos hemos equivocado muy á menudo; nunca á sabiendas y con plena deliberación hemos hecho el mal.
Los sevillanos nos conocen de antiguo, ¿no nos han de conocer, si en Sevilla fuimos investidos de la dignidad sacerdotal, si en Sevilla desempeñamos los oficios de cura, canónigo, Obispo auxiliar y últimamente el de Arzobispo? Los sevillanos, repetimos, cualquiera que sea la clase y condición social á que pertenezcan, nos conocen y saben que no mentimos; pero por lo mis-

mo algunos se extrañarán de que pertenezcamos inactivos y toleremos impasibles que se nos escupa al rostro; punto precisamente que es el que pretendemos aclarar.
No es, por cierto, la causa el móvil de nuestra conducta; que menospreciemos con desleñosos alvices á los que nos injurian. No. Nos no despreciamos á nadie, y esto no es de ahora, sino de toda nuestra vida; pues siempre nos hemos distinguido por el respeto y la consideración que nos han merecido hasta los hombres más despreciables y abyectos á los ojos de la generalidad.
Ni es tampoco que seamos insensibles á los agravios, porque aunque no nos impacientan ni excitan nuestra cólera, nos causan tristeza y tristeza profunda.
Pero ¿qué hacer? Acudir á los tribunales de justicia, nos dicen algunos, donde es seguro el triunfo; los tribunales enfrenarán esas inconcebibles audacias, y pondrán coto á desmanes tan punibles; pensad además, nos añaden, que procediendo así, no defendéis sólo vuestra causa, sino la causa de muchos inocentes, á quienes el periodismo maltrata sin razón, olvidando, no ya los preceptos de justicia y de la caridad, sino los dictados de la cultura y de la buena educación.
Reconociendo por nuestra parte la exactitud de tales juicios, no nos hemos podido decidir á apelar á tan violentos medios; lo primero, porque repugna á nuestro corazón de ministros de paz batallar, aunque se nos haya provocado, aunque la lid sea tan injusta como la de que se trata, y aunque obremos en propia defensa; y lo segundo, porque, bien que no desconfiamos de la integridad de los magistrados, tememos las deficiencias de nuestras leyes, en las cuales no siempre halla armas el que se siente injustamente vejado para conseguir la reparación completa, que requiere su honra pisada.
Conocemos además sobradamente lo que son los enemigos de Dios y de su Iglesia. Si nos determinásemos por último á entablar querrela contra los que nos denuestan indignamente, acaecería una de dos cosas: ó serían ellos condenados, y entonces se diría que el peso de nuestra influencia, que el poder del clericalismo, que la mano de la reacción habían arrancado á los jueces del fallo, ó se les absolvió á beneficio de una explicación plausible, tal vez alegando que nada afirmaron sino solo espusieron rumores; anunciados con las palabras tan comunes en los periódicos: «Se dice, se habla, parece, etc., etc., y entonces batirían palmas, reputando señalada victoria lo que era solo obra de las imperfecciones de la ley humana, ó de la hipocresía de los que velaron y disfrazaron sus propias aserciones.
He aquí por qué hemos preferido poner nuestra causa en mano de Dios.
Dios sabe nuestra inocencia, porque aunque no seamos santos, no somos lo que se pretende hacer creer á los pueblos. Dios penetra hasta lo más recóndito que hay en nuestro corazón, y Dios más pronto ó más

ciencias y de artes, libros hermosísimos. Gozan además de una independencia material de que en realidad carecemos los escritores laicos. ¡Este es precisamente el problema de vida que los escritores laicos tienen ante sí! Por otra parte, repito, tomando el concepto por otro punto de vista, ¿habrá quien crea que yo, en materia religiosa y al cabo sólo de tres años de estudio—tres años, descontando el tiempo que en ellos he tenido que dedicar á mis trabajos, á la educación de mis hijos y á otros asuntos,—estudio no muy profundo, siquiera haya sido ordenado y selecto, me haya convertido en un San Agustín, un Crisóstomo un San Dionisio areopagita?
Una enseñanza podré dar, si, eficaz: la sincera confesión valerosa y razonada de mi fe y la doy... y aun tengo mis ambiciones... pido á Dios me dé ocasión y valor... hasta para el martirio!
En lo que se refiere á mi vida de trabajo... que en todo se metió el cronista alguacil voluntario del terrible tribunal de «la santa información», que tortura el alma en nombre de la libertad de conciencia—y que quiere sumir en los in pace del descrédito á los encumbrados y á los humildes... en lo que á mi trabajo se refiere...

